

DE LA CURIA GENERAL

Momentos de Meditación sobre las Constituciones

Vida de Comunidad:

El Sueño de Vicente para la Congregación de la Misión

Comenzamos con la reflexión sobre dos textos del Nuevo Testamento:

El primer texto es del evangelio de Juan (1,35-42): “Jesús se volvió y les dijo: ¿Qué buscáis?”. Le respondieron, Rabbí (que significa maestro), ¿dónde vives? El les dijo: “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; eran sobre las cuatro de la tarde, dice el evangelista. El momento no se iba a olvidar nunca, porque fue el momento de la mirada bondadosa de Jesús sobre sus vidas, su historia y su ser. Los discípulos despertados y retados por la mirada bondadosa de Jesús, lo dejaron todo para seguir radicalmente a su Maestro. Fue la hora de su transformación. Y esa es la razón por la que mantuvieron vivo ese recuerdo.

El segundo texto es del evangelio de Marcos (3,31-35) Según el relato de Marcos, “La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron: ¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan”. Jesús les respondió: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos y mis hermanas? Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor, añadió: “Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”. Jesús anunció el nacimiento de una nueva familia: una, basada solamente en la experiencia de la fe y no en vínculos de sangre. Es una nueva familia consagrada a escuchar la Palabra de Dios y cumplir la voluntad de Dios; una, donde todos pueden ser hermano, hermana, y madre. Gracias a su fe en la persona de Jesús y su decisión radical de seguirle, esta nueva familia se centró en Cristo. La primera misión de la familia centrada en Cristo, antes que nada, tiene que ser como el Señor. Aprender de Cristo, para ser enviada a servir. Como san Pablo advierte (1 Cor 7,25-40), esta nueva identidad de los creyentes va más allá de las categorías de la vida consagrada y del laicado, porque el aspecto primero y más importante es pertenecer totalmente al Señor. ¡Nada importa más! Tanto los religiosos como los laicos están llamados a estar totalmente dedicados al Señor Jesucristo.

¿Por qué decimos estas cosas? La respuesta es sencilla: como los discípulos, de una forma u otra, también nosotros hemos sido conquistados por la mirada bondadosa de Jesús. También nosotros hemos tenido esta experiencia del encuentro con Jesús al dejar nuestras familias naturales desde nuestra juventud. Nuestra historia y existencia en Dios nos motivó a entregar mucho de lo que conocíamos como lo nuestro: familia, amigos, y lugares familiares, para seguir y vivir con Jesús en una nueva familia, una comunidad centrada en Cristo. Nuestra vida anterior, historia, compromiso y vida comunitaria tendrá sentido y significado y nos aportará una felicidad permanente y una profunda alegría en la medida en que mantengamos viva la memoria de haber encontrado la persona de Jesús. Esta es la comunidad en la que la Divina Providencia nos ha puesto; pero sólo si podemos decir como dijo Pablo: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20).

I. Las comunidades creadas por SV: una comunidad especial para la “misión”

“Porque queremos conocer cuál es nuestro estilo humilde de vida”, S. Vicente escribió el 14 de julio de 1639, “Aquí está, por tanto, mi honrada madre, lo que yo llamo nuestra pequeña compañía, establecida para ir de pueblo en pueblo a su propias expensas, para predicar, catequizar, y hacer una confesión general de las pobres gentes sobre toda su vida pasada; empeñándose ellos mismos para resolver disputas existentes, y hacer todo lo posible para que los pobres enfermos sean asistidos corporal y espiritualmente”.

En esta carta, S. Vicente expone con un lenguaje sencillo lo que tenía en la mente respecto de su nueva comunidad. La “Pequeña Compañía” tenía solamente 14 años de existencia cuando él escribió esta carta. Según el fundador ¿cuál es la naturaleza, el espíritu, carisma y misión de la joven compañía? ¿Quién es esta nueva congregación y cuál es su distintivo? Era la Congregación de la Misión.

Se llama “*Imitatio Christi*”, o la imitación de Cristo. Su verdadera esencia, naturaleza, identidad, misión y razón de ser, es imitar a Jesucristo, o, como indican nuestras Constituciones, “revestirse del espíritu de Jesucristo”. Algunos temen que la palabra imitación no exprese totalmente la identidad y el trabajo de la Congregación de la Misión. El problema no es la terminología. Debemos entender que el uso de la palabra “imitación” era común en el momento de nuestra fundación. Para S. Vicente, la compañía recientemente fundada, estaba ahí para imitar, continuar y extender el espíritu misionero de Jesús. Por lo tanto, es una compañía que sigue a Jesús haciendo las mismas cosas que el Hijo de Dios hizo mientras estuvo en la tierra. Según nuestro Fundador, la imitación de Cristo incluye ir de un lugar a otro, a nuestras propias expensas y tiempo, para predicar y formar a los clérigos y a los laicos.

Todo esto se realiza en obediencia absoluta a la Iglesia y a sus líderes, nuestros obispos.

Según nuestro Fundador, la Congregación de la Misión continúa la misión de Jesús en la historia. Para realizar eso, debemos revestirnos del espíritu de Cristo; de otra forma no podemos continuar Su misión. En el pensamiento vicenciano, para vivir su misión, la Congregación tiene la obligación de imitar las actitudes, intenciones y propósito de Jesús. Sabemos que Jesús fue un contemplativo en la acción. Estuvo muy a tono con la vida de oración y el ministerio; tanto el desierto de la soledad como el griterío de las multitudes. S. Vicente también soñó para su Pequeña Compañía, recientemente formada, ser contemplativa en la acción, una versión moderna de la santidad de los religiosos en conventos y monasterios, y la profecía de las órdenes mendicantes. Dicho en pocas palabras ¡apóstoles en el campo de misión y Cartujos en casa! La Congregación de la Misión, al imitar la persona de Jesucristo, es contemplativa en la acción. Esto es lo que nuestro Fundador soñó y proyectó.

Como Congregación, si valoramos nuestro carisma por medio de nuestro testimonio, somos verdaderamente afortunados. No somos monjes encerrados dentro de las cuatro paredes para abandonarnos a nuestra soledad. Tampoco somos “pájaros libres en los bosques de la Iglesia”. Tenemos una vida de comunidad que nos sustenta. Todo esto, no obstante, un don y una gran responsabilidad que requiere un buen equilibrio, que lleva tiempo y esfuerzos para conseguirlo. Solamente si logramos mantener un equilibrio saludable entre contemplación y acción podremos mantener un equilibrio. Como comunidad, podremos tener el mayor éxito cuando seamos capaces de mantener un saludable equilibrio entre contemplación y acción en fidelidad a nuestro carisma.

II. ¿Reflejan las Constituciones (19-27) las ideas e intenciones de nuestro Santo Fundador sobre la vida comunitaria?

Sin lugar a duda, la respuesta es “sí”. ¿Qué dicen sobre la vida comunitaria? ¿Qué importantes son para nuestra vida y ministerio? ¿Y dónde está su importancia? Aquí tienen algunas reflexiones, basadas en estos nueve artículos de las Constituciones, para estimular su vida comunitaria.

Ante todo, no se ha dejado a nuestra propia interpretación arbitraria. Es una vocación, como nos dice claramente el artículo 21 de nuestras Constituciones: la vida comunitaria, desde el comienzo, fue por voluntad expresa de San Vicente un rasgo de la Congregación y su forma ordinaria de vida. Así, para nuestro Santo Fundador, la vida comunitaria no se intentó dejar al capricho del individuo. Desde nuestros comienzos, la vida comunitaria es, en el sentido positivo del término, “obligatoria” es decir, parte de nuestra esencia de lo que somos en la

Iglesia. Por eso, no es correcto interpretarlo en términos de lo que me gusta o no me gusta, o de lo que quiero hacer o no. Es la vocación de la Congregación de la Misión, reconocida por la Iglesia con rasgos que implican prácticas para todos nosotros en nuestra vida diaria. Desde el día que emitimos nuestros votos en comunidad, hemos abrazado este estilo de vida con todas sus condiciones para vivir en la comunidad “como amigos que se quieren” (art. 25), y en estrecha asociación con otros (art. 19).

Sabiendo que incluso entre amigos también hay traiciones, disgustos y malentendidos, el gran camino es el perdón mutuo. Si deseamos mantener la relación saludable y la colaboración fraterna en comunidad, debemos asumir el consejo práctico de San Pablo: “Si os dejáis llevar de la ira, que no sea hasta el punto de pecar. Y no deis al diablo oportunidad alguna” (Ef 4,27-27). Como advierte el Papa Francisco: “Dios nunca se cansa de perdonar, aunque nosotros nos cansemos de pedirle su perdón”¹. La actitud fundamental para preservar la unidad, la comunión, y vivir como amigos en la comunidad, por consiguiente, es el perdón del uno al otro: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis los unos a los otros” (Jn 13,35). Pero, “si ustedes se están mordiendo y devorando mutuamente, tengan cuidado porque terminarán destruyéndose los unos a los otros” (Gal 5,15), nos dice San Pablo.

¿Es nuestra vida de comunidad una función de éxito ministerial o la de nuestra misión? Dado que nuestra vida de comunidad no puede ser un fin en sí misma, al mismo tiempo, es más que “llevar a cabo” nuestra misión como la razón de ser de nuestra propia llamada. Jesús nos llama para estar con él (Mc 3,14). Estar con él, estar con el Señor. Es el primer aspecto y el más importante de nuestra llamada y nuestra identidad como seguidores de Cristo. Antes de predicar, anunciar la Buena Noticia, o expulsar demonios, debemos estar con él y aprender de él, y después ir. Porque nuestra vida de comunidad es “un signo de la nueva vida traída por el Evangelio (art. 24) para nuestros ministerios; esta vida debe caracterizarse por el “amor fraterno”, y estar alimentada por las “cinco virtudes vicencianas” a tenor del artículo 24. Esto significa, según las enseñanzas de nuestro Fundador, que nuestra vida de comunidad no es vivida solamente por su misión, sino por la experiencia del Señor Jesús, vivida y experimentada en comunidad. Esto nos capacita para “brillar como lumbreras en el mundo” (Fil 2,15) cuando vamos a misión para el ministerio. Este es el significado de nuestra llamada como comunidad que tiene que ser “contemplativa en la acción” y tenemos que hacer un gran esfuerzo para mantener un equilibrio sano entre actividad ministerial y vida contemplativa.

¹ EG, 2013, 3.

Solo este equilibrio puede alimentar nuestra vida comunitaria como un signo visible de la presencia activa del Espíritu de Jesús para llegar a ser profetas creíbles en nuestro ministerio. Uno podría decir que la nuestra es una comunidad misionera que busca imitar a Jesucristo, el misionero por excelencia. En una conferencia citada antes, San Vicente dice claramente que la Congregación necesita “encontrarle en su conducta, en sus acciones y en sus propósitos”. El artículo 20 de nuestras Constituciones anima a los misioneros a vivir el icono de la Trinidad como un modelo de vida y ministerio en comunidad.

Siendo una “comunidad misionera en el icono de la Trinidad”, según el artículo 20, debe ser vivido en la práctica cada día y en las “comunidades locales” que son “las células vivas de toda la sociedad”. Esta expresión es excepcional por dos razones. Primero, refleja bien la eclesiología de los Padres de la Iglesia que creían que la Iglesia existe en su totalidad como una parroquia para bien del mundo. (“La Iglesia es universal en lo particular y particular en su universalidad”.) Segundo, porque recuerda el concepto de salud en nuestro cuerpo; los doctores recuerdan hoy que el cáncer se produce por el mal funcionamiento de las células, que se convierten en tumores. Para prevenir los “tumores y los cánceres en las comunidades”, los misioneros deben prestar atención a las cosas que destruyen la vida comunitaria: desconfianza, crítica, insensibilidad y juicios devastadores, falta de honestidad y sinceridad, e incluso peor, falsedad e hipocresía de forma permanente.

Todo esto, en principio, puede producir “noches oscuras” en los individuos y en las comunidades, dañando sus esperanzas y desviando sus sueños. Es desafortunado que haya muchas situaciones así en la Congregación de la Misión. ¿Por qué ocurre esto, especialmente entre nuestros misioneros más jóvenes? Debemos prestar atención no sólo a toda la Congregación, sino también a las comunidades locales, porque todo comienza ahí. Si queremos prevenir y curar la desesperación de los misioneros jóvenes para dejar la comunidad, o contener la ola de esos jóvenes que están ausentes de la comunidad, debemos tratar y prevenir este “cáncer” devastador.

¿Qué significa “una comunidad misionera”? Y ¿dónde está el espíritu misionero de la Compañía? ¿Somos misioneros en la forma de hacer nuestros trabajos, o son nuestros trabajos los que nos hacen verdaderos misioneros? Esta es una pregunta abierta. Todos debemos responder esta pregunta: ¿Qué me hace a mi ser un verdadero misionero: las misiones que hago o el espíritu y la forma en la que yo llevo a cabo mis responsabilidades misioneras? ¿Qué dicen nuestras Constituciones sobre esto? Muy sabiamente, el primer artículo habla de la finalidad de la Congregación, dando prioridad absoluta a la imitación de Cristo “revistiéndose del espíritu de Cristo” (Cost. 1 & 1). La Congregación de la Misión, por consiguiente, y cada uno de sus miembros están

llamados a revestirse del espíritu de Cristo para continuar la misión de Cristo en la historia.

Es más, el artículo 5 de nuestras Constituciones va más lejos: Jesucristo es la regla de la Misión y el centro de nuestra vida y de nuestro ministerio. Si Jesús es la “regla de la Compañía” que tiene como su misión continuar el trabajo de Cristo en la historia por medio de la Congregación de la Misión, ¿podemos comprometernos a tener el mismo camino interior de Cristo? ¿Cómo? Imitando su amor y respeto hacia el Padre, su amor compasivo por los pobres, y la docilidad activa a la Providencia de Dios (como se ve en el art. 6). Nuestra verdadera identidad misionera es la imitación de Cristo. Somos “misioneros” de nombre y de verdad cuando nos revestimos del espíritu de Cristo, evangelizando a los pobres, formando al clero y al laicado. Estas son las aplicaciones prácticas de nuestra identidad misionera en la Iglesia.

Ahora bien: ¿Qué hay sobre la importancia y retos presentados por los medios de comunicación hoy? Nuestras Constituciones afirman, “...emplearemos con discreción y prudencia los medios de comunicación y, salvando las exigencias del apostolado, reservaremos una parte de la casa para la intimidad de la comunidad” (art. 24 & 4). Los medios digitales de hoy: internet, Facebook, Twitter, por nombrar unos pocos, han creado una nueva cultura, una revolución real. Se trata de usarlos con prudencia y discreción, como decimos en nuestras Constituciones. Por supuesto, se podría decir otro tanto, porque nuestra época es una época de intereses masivos en toda clase de medios electrónicos. No obstante, corren el riesgo de distorsionar nuestra opinión sobre las relaciones. Sería desafortunado usar estos medios digitales de comunicación para evitar encuentros humanos o para sustituirlos por las relaciones interpersonales.

III. Los retos de la vida de comunidad hoy, en general

Los retos más importantes hoy incluyen individualismo, relativismo, indiferencia y globalización: una vida espiritual superficial (es decir, falta de interiorización); una identidad Vicenciana poco clara; y una falta de compromiso con los retos de la vida comunitaria hoy. La fragilidad psicológica que casi siempre se expresa en el temor de arriesgar la propia vida por un bien mayor, y la falta de valor y perseverancia (temor al compromiso de larga duración); hoy estos son visibles por doquier. En medio de estas dificultades, muchas personas no buscan hoy a Dios con paciencia, o con espíritu de sacrificio y mortificación, sino que huyen hacia pequeñas placeres y felicidades momentáneas. Por desgracia, esta es la corrupción espiritual de nuestro tiempo. Hoy, en nuestras comunidades, las relaciones humanas, desafortunadamente, pueden tener una primacía más grande en lugar de la “llamada” de nuestra vocación. Esto puede llevar a la pérdida de un sentido de

sacrificio como se ve en la virtud de la mortificación. Para muchos, hoy, puede parecer que estas virtudes han llegado a extinguirse.

¿Cuáles son las causas? El Papa Francisco dice que hoy hay “una preocupación exagerada por los espacios personales de autonomía y relajación, tomándolos para vivir fuera sus obligaciones como mero apéndice de la vida, como si eso fuese parte de su identidad”. En otras palabras, hay un “énfasis en el individualismo, una crisis de identidad, y un declive del fervor”, decía el Papa. Por lo tanto, la propia realización y el individualismo están en la raíz de esta mentalidad, dominada por nuestra ambición individualista. Parece que este espíritu está en el aire que respiramos, resultado de una secularización devastadora. El Papa Francisco ora para que el Señor envíe a la Iglesia sacerdotes y religiosas “libres de los ídolos de la vanidad, el orgullo, el poder, y el dinero”. Además, es verdad que la Iglesia de Jesucristo, como nuestra “Pequeña Compañía”, no está libre de otras formas de “idolatría”: individualismo, arribismo, y la autoafirmación a toda costa. Están ahí para retar el recorrido de la fe en cada uno de nosotros.

¿Dónde está el remedio? Reside en nuestra capacidad para la “renovación permanente” como sugiere el artículo 19 de nuestras Constituciones. Promueven el significado y la trascendencia de nuestra verdadera identidad misionera para vivir el amor de Cristo y proclamar este amor (20 & 1). Como comunidad, estamos llamados a estar unidos en ministerio y comunión fraterna con otros. Dicho en pocas palabras, debemos emular la unidad que Jesús pidió para su Iglesia antes de morir: “Que todos sean uno como nosotros somos uno” (Jn 17,11). Este es un signo creíble de la presencia activa del Espíritu Santo en nuestra vida personal y comunitaria. Las cinco virtudes Vicencianas son una gran ayuda para nosotros al revestirnos del espíritu de Cristo en nuestras vidas. Sólo la integración de estas cinco virtudes nos ayudará a construir verdaderamente una autentica vida de comunidad, evitando la doblez, el engaño y la hipocresía en nuestras vidas y en nuestras relaciones personales en comunidad. Así, continuaremos la misión de Cristo en la historia.

Consejo General de la Congregación de la Misión

Roma, marzo de 2014

Traducido del inglés por FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.